

Yukio Mishima  
La casa de Kyoko

Traducido del japonés  
por Emilio Masiá López

**Alianza** editorial

Título original: 鏡子の家

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía: © The Asahi Shimbun / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 1959, The Heirs of Yukio Mishima  
All rights reserved  
© de la traducción: Emilio Masiá López, 2023  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-194-6  
Depósito legal: M. 185-2023  
Printed in Spain

# Primera parte

## Capítulo 1

Todos bostezaban.

—¿A dónde vamos? —dijo Shunkichi.

—¿Dónde vamos a ir a estas horas del mediodía?

—Nosotras bajamos aquí, iremos a la peluquería —dijeron Mitsuko y Tamiko, por lo visto aún de bastante buen ánimo.

Shunkichi y Osamu no objetaron nada. La única mujer que se quedó en el coche era Kyoko. A Mitsuko y Tamiko les pareció bien. Shunkichi y Osamu, cada uno a su manera, se despidieron de ellas como si nada. Ellas, en cambio, esperaban una despedida más atenta por parte de Natsuo, debido a su buen carácter y a que su relación nunca había ido más allá de la amistad. Natsuo, tal como se esperaba, cumplió las expectativas.

Eran cerca de las tres de una tarde a principios de abril de 1954. El coche de Natsuo, conducido por Shunkichi, giró por una calle de sentido único. ¿Dónde podríamos ir? Algún lugar poco concurrido sería ideal... Demasiada gente los dos días que pasaron junto al lago de Ashinoko. Y hoy, a su vuelta por el céntrico barrio de Ginza, otro tanto de lo mismo.

En momentos así convenía tener en cuenta la opinión de Natsuo:

—Hace tiempo fui a Tsukishima a pintar unos bocetos, ¿qué os parecen los terrenos ganados al mar de la bahía de Tokio?

Aceptada por todos la sugerencia, el coche se puso en marcha hacia aquella dirección.

Aunque aún lejos, en torno al puente de Kachidoki se divisaban muchos coches en un atasco de tráfico.

«¿Qué habrá pasado?, ¿un accidente?», dijo Osamu. Al fijarse mejor, se daba uno cuenta de que era el momento en que el puente levadizo se alzaba. Shunkichi chasqueó la lengua. «Es desesperante, olvidémonos de ir a la bahía», dijo. Sin embargo, Natsuo y Kyoko no querían perderse la impresionante apertura del puente, que jamás habían presenciado; aparcaron el coche y, uno a uno, fueron cruzando por la pasarela metálica del puente. Shunkichi y Osamu parecían no tener el mínimo interés.

La parte central del puente era de acero. Ésa era la parte móvil del puente que se levantaba para dar paso al tráfico marítimo y se bajaba para reanudar la circulación terrestre. En ambos extremos los operarios ondeaban unas banderas rojas de señalización ante la fila de coches parados. En la pasarela lateral para peatones una cadena impedía el paso. Había mucha gente curiosa ante el espectáculo. Otros, como los repartidores de mercancía, se alegraban de la interrupción del tráfico que les proporcionaba un descanso en medio de su labor apresurada.

Las placas metálicas para las vías del tren en el carril central despedían un negro resplandor. En ambos extremos del puente, atasco de vehículos y aglomeración de mirones en silencio.

Chirriaron las láminas metálicas y la estructura alzó sus extremidades, la armadura al levantarse fue dejando una brecha de espacio abierto. Al mismo tiempo se levantó la barandilla la-

teral de hierro con la arcada protectora, apuntando hacia lo alto con sus bombillas levemente iluminadas. La gigantesca estructura articuló al unísono sus piezas. A Natsuo le emocionaba la belleza del tinglado mecánico en movimiento.

Cuando las partes metálicas del puente estaban a punto de alcanzar la verticalidad, desde los flancos del puente y la cavidad de las vías del tren un remolino de polvo se levantó formando una fina nube que luego iba lloviendo polvareda sobre el canal. La figura diminuta que dibujaban los numerosos remaches laterales a lo largo del puente iba, poco a poco, reduciéndose, a la vez que disminuía y desplazaba su ángulo la sombra proyectada por las barandas laterales. Finalmente, al alcanzar la posición casi vertical las placas de metal, la sombra se detuvo de nuevo. Natsuo alzó la vista extasiado ante el arco del puente, cuyos pilares ya se plegaron horizontalmente; en ese momento cruzó por encima una gaviota en vuelo rasante.

Así fue como un gran muro metálico bloqueó inesperadamente el camino ante los cuatro jóvenes.

Daba la impresión de que habían tenido que esperar mucho. Cuando el puente volvió a su posición original, era como si se hubiera disipado el interés por cruzar hasta los alrededores de la zona reclamada al mar de Tsukishima. Una vez bajado el puente levadizo, sólo quedaba una sensación de obligatoriedad, de tener que cruzarlo sin más. En cualquier caso, cansados por el viaje, la falta de sueño y el calor húmedo del verano, no estaban de ánimo para pensar demasiado o hacer un cambio de planes. Como su destino era el mar, bastaba con ir hasta donde pudieran. Parcos en palabras y soltando algún que otro bostezo, volvieron lentamente hacia el coche.

El coche cruzó por el puente de Kachidoki en la localidad de Tsukishima, para después atravesar otro puente más, el puente

de Reimei. Una llanura de campos verdes se extendía recortada en el horizonte por carreteras de asfalto trazadas rectilíneamente como sobre un tablero de *go*. Brisa marina y salitre en las mejillas. Shunkichi detuvo el coche ante el cartel de «prohibido el paso» colocado en un camino del perímetro de una pista de aterrizaje en unas instalaciones militares del ejército estadounidense. Junto al edificio del acuartelamiento, una alameda brillaba bajo los rayos del sol.

Natsuo se sintió feliz al bajar del coche y sentir la brisa marina. «Las ruinas y las tierras reclamadas al mar son lugares que me gustan», pensó. Sin embargo, debido a su carácter serio y reservado, no expresaba sus sentimientos, ni tampoco es que tuviese un carácter sombrío dominado por consideraciones estéticas; además esos temas de conversación no tenían cabida en este grupo, y eso era precisamente lo que le gustaba. Con todo, seguía empapándose del paisaje observando sin descanso sus matices.

Tras las llanuras de los terrenos artificiales ganados al mar se divisaba un buque blanco, un carguero de carbón que acaba de zarpar de los muelles del puerto de Toyosu. En la chimenea se leía «pozo» inscrito en caracteres en blanco. Toda aquella ordenada configuración le parecía realmente bella. A ese paisaje se sumaban las llanuras de disposición geométrica de los terrenos artificiales rebosantes de espléndidos campos primaverales.

De repente, Shunkichi echó a correr. Corría sin parar. Su silueta se empequeñecía a medida que se adentraba en la distante llanura.

—A partir de mañana empieza a entrenar, qué fastidioso es verle tan entusiasmado. La verdad es que envidia a quienes tienen esa fortaleza y agilidad —dijo Osamu, que, aunque era actor, todavía no había recibido ningún papel de importancia.

—Cuando estuvimos en Hakone, todas las mañanas salía a correr, ¿te acuerdas? Pone mucho empeño en su entrenamiento —añadió Kyoko.

Shunkichi se había parado, a sus ojos la silueta de sus tres amigos en la distancia también parecía pequeña. Salir a correr se había convertido en una práctica indispensable para él; y los días de lluvia jamás se olvidaba de saltar a la cuerda durante veinte minutos seguidos en el pabellón deportivo.

Shunkichi era el más joven del grupo de amigos de Kyoko. Era capitán de un equipo de boxeo. El próximo año terminaría la carrera. Todos los demás del grupo de Kyoko, como poco, ya habían terminado la carrera. Osamu ya se había graduado hace tiempo. Natsuo también.

Shunkichi era despreocupado por naturaleza; Yanagimoto Seichiro, aficionado al boxeo, y mayor que él, fue quien lo invitó por primera vez a casa de Kyoko. Desde aquel día, con su característico desapego, entró a formar parte del grupo. Aunque no tenía coche, conducía muy bien, motivo por el que también era muy apreciado. Además, que fuera boxeador le hacía ganarse la admiración entre aquel grupo de compañeros con los que no compartía ni edad, ni profesión ni procedencia. Suscitaba curiosidad por su profesión y atractivo por su persona. Todos lo trataban cariñosamente, como si fuese menor. Aunque muy joven, era de fuertes convicciones, que nunca quebrantaba. Una de ellas era no dar vueltas a las cosas pensando. Al menos ésa era la forma en que él hacía gala de cultivarse a sí mismo.

Mucho antes, por la mañana de ese día, mientras corría solo por la carretera que bordea el lago Ashinoko, ya había olvidado lo sucedido la noche antes entre Tamiko y él. Era importante convertirse en un hombre sin recuerdos ni memoria.

El pasado... Él sólo conservaba en su memoria una parte mínima y necesaria de sus recuerdos, aquellos que suscitaban apego y habían dejado impronta en su memoria. Sólo recuerdos que suponían una motivación y apoyo en su vida presente. Por ejemplo, mantenía intacto en su memoria el recuerdo del día de su primer entrenamiento en el club de boxeo universitario tres años atrás; también cuando por primera vez hizo de contrincante en un entrenamiento con un compañero con más veteranía.

Al recordar cómo peleaba en sus inicios, se daba cuenta de lo mucho que había avanzado. Aquello fue al primer mes de entrar en los entrenamientos de boxeo. Todavía hoy percibía nítidamente la sensación del vendaje en sus manos ese día, aunque desde entonces ya se las hubiera lavado en infinidad de ocasiones. El tacto del grueso vendaje de algodón sobre el dorso de la mano y en la base de los nudillos, enrollado una y otra vez ceremonialmente sobre la mano al colocárselo. Él, ya de por sí, apreciaba sus manos recias. Unas manos imponentes y fuertes, que nunca traicionarían los sentimientos o nervios de su portador, como si fuesen un martillo de madera. Las líneas arrugadas sobre la palma de la mano formaban un diseño sencillo, sin complicadas líneas dignas de alegrar a un quiromántico. Las sencillas y definidas líneas marcadas sobre la piel con sólo apretar o relajar los puños resaltaban como cinceladas sobre la carne. Shunkichi se dejaba llevar por esos recuerdos. Rememora la imagen: tiene los brazos extendidos y sus dos compañeros veteranos le dan unos guantes raídos de 340 gramos para entrenar. Eran unos guantes de boxeo de cuero curtido realmente viejos, resquebrajados, y entre el color morado de las grietas parecía relucir a hilachos el cuero; más que guantes, parecían reliquias vivientes. Sin embargo, el interior de aquellos desastrosos y grandes guantes resultaba cálido y de una textura suave. Le apretaron los cordones firmemente a sus muñecas.

—¿Aprieta?



—La mano derecha un poco.

Había soñado durante todo un mes con escuchar este tipo de frases al borde del cuadrilátero. Sus dos compañeros veteranos lo colmaban de atenciones, como cuando se alimenta y cría a un animal para luchar. El momento en que le ajustaban cuidadosamente los guantes a las muñecas constituía, en una palabra, una emoción inenarrable. Siempre había anhelado aquellos momentos de la rutina de la vida del boxeador, como cuando el ayudante durante el descanso del *round* le alcanzaba una lata de cerveza llena de agua para que se enjuagase.

¡Pelear, ése era el objetivo! Y cuidar con la máxima consideración a los hombres que viven peleando, una necesidad.

Después, su ayudante le colocó, por primera vez, el casco protector. Muy a menudo recordaba la impresión del tacto del viejo cuero del casco de entrenamiento como si se tratase de una ceremonia de coronación. La presión del cuero en los lóbulos enrojecidos y calientes de las orejas, la impresión de percibir el aire por los agujeros abiertos en el cuero a la altura de las orejas.

Lo primero que hizo fue probar los guantes dándose un golpecito flojo en la mandíbula, el tabique nasal y el entrecejo. Al principio se golpeaba suavemente, después con todas sus fuerzas. Una sombra ardiente y pesada parecía aplastarse contra su cara.

—Eso lo hacen todos la primera vez que juegan de *sparring* —le dijo su compañero veterano desde un lado.

... Shunkichi se ruborizó un poco con todos esos recuerdos. Era el momento de subir al cuadrilátero. ¡Fue sonar la campana de comienzo de ronda y no tardó en probar la dureza de la lucha! Una experiencia mucho más dolorosa que cualquier pelea anterior. Ninguno de sus puñetazos acertaba en el rival. En cambio, los golpes del rival llegaban por doquier, golpes directos y sin compasión contra la cara, el estómago y el hígado. Parecía pelear con el legendario bodisatva Kannon de infinidad de

ojos y brazos. En la segunda ronda, sintió debilitada y dolorida su mano izquierda, los puñetazos sin fuerza, suaves como algodón. Sin embargo, por un momento, le pareció escuchar el elogio del adversario, que exclamaba jadeante:

—¡Buen golpe de izquierda!

Shunkichi, al detectar aquella mínima debilidad del rival, sintió que recuperaba brío y alegría ante la pelea. Aquella alegría lo hizo fuerte de nuevo.

Shunkichi contempló el mar grisáceo y turbio de primavera. En alta mar había un carguero inmóvil de cinco mil toneladas habitual en la zona de Mishima. Una capa de nubes sin forma cubría el mar en calma. Bajo los brillantes reflejos del sol, las gaviotas se veían de un blanco nítido.

Shunkichi se puso en posición de pelea con los puños en alto ante el mar. Era como si su espíritu travieso lo estuviese observando en ese instante. De hecho, la primera vez que pensó en convertirse en boxeador profesional fue debido a la insistencia de aquel espíritu o diablillo travieso.

No se trataba de practicar una especie de movimientos de *shadow boxing* ante un rival imaginado. Su oponente era el mar inmenso y turbio de primavera; una sucesión de olas rompiendo suaves allá abajo contra la costa, un movimiento de olas de lejana marejada de alta mar descargando contra las rocas. Sin duda, aquél no era un enemigo contra el que luchar. Todo cuanto podía esperar era que se lo tragase en su inmensidad, era un enemigo que doblegaba con un arma de apaciguamiento horrosa. Ahí se alzaba el mar, un enemigo libre con una leve y persistente sonrisa.

Los tres se habían sentado sobre unos bloques de piedra, restos de las obras de construcción cercanas, y fumaban mientras esperaban el regreso de Shunkichi. En momentos como ése, la figura que sobresalía entre todos era la de Osamu. En el perfil de su cuerpo se dibujaba nítidamente su postura de des-

canso; de hecho, parecía como si ni siquiera estuviese presente. Tanto Kyoko como Natsuo se habían percatado hace ya tiempo de ese rasgo peculiar del carácter de Osamu. Aunque sólo se quedase callado un momento, era como si a su alrededor se levantase una pared invisible; allí brotaba su mundo exclusivo, un lugar cuyo acceso estaba vedado al resto de personas en este mundo. Por eso a veces la gente tildaba a Osamu de aburrido o de soñador ensimismado. Sin embargo, si uno se fijaba bien, comprendía que no tenía un ápice de soñador. Osamu no era ni soñador ni realista; quien había allí no era más que él mismo, Osamu. Kyoko, que ya se había acostumbrado a su carácter, no se preguntaba qué pensaría ni se hacía conjeturas de ese estilo.

Tampoco podía decirse que fuese solitario. Cuando estaba solo, apenas se encontraría un hombre como él que diese tan poco la impresión de no estar solo. Sin embargo, este joven estaba degustando continuamente, como quien mastica chicle, una inquietud placentera de su propia cosecha. Él vive aquí y ahora en cada momento. Ciertamente existe. Pero vive con una inquietud: la duda acerca de su propia existencia.

Ésta es una inquietud habitual entre los jóvenes, pero la peculiaridad de Osamu estriba en lo placentero de la inquietud no exenta de relación con la toma de conciencia de sus bellas facciones.

Shunkichi regresó corriendo. Su figura se agrandaba en el horizonte. La sombra de sus rodillas se proyectaba bajo los rayos oblicuos del sol. Al fin, su cara roja y bañada en sudor, aunque con la respiración pausada, se acercó a las de sus amigos.

—Di, ¿cómo olía el mar? —le preguntó Kyoko. Shunkichi contestó sin rodeos:

—Olía a amoníaco.

Natsuo contempló el horizonte. La línea de flotación del buque de carga estaba pintada en dos colores, la parte superior

a la línea de flotación, en una franja negra, y la franja inferior, de un límpido tono rojo; la precisión y fuerza de sus líneas le daban que pensar. Además, parecía como si se entrecruzaran las infinitas líneas trazadas con exactitud matemática en el amplio horizonte. Sin embargo, en la calima marina parte de las líneas trazadas por el barco en el mar se difuminaban como algas elásticas flotantes.

Osamu, abstraído, empezó a recordar la noche de la primera representación del grupo de estudiantes de teatro. Como al empezar la función él estaba de pie sobre el escenario con atuendo de botones de hotel, sintió que la oscuridad del hemisiciclo en sombra se alzaba ante las tablas emergiendo poco a poco desde la planta de sus pies. A la luz de los focos su figura se hacía visible ante los espectadores, y sin embargo el público era invisible para él. La incógnita de esta penumbra le inquietaba. Se estremecía al sentir que toda su existencia era absorbida por la mirada de un público desconocido y se trasponía en clave de existencias ajenas.

A Kyoko le gustaba dejar a sus anchas a aquellos jóvenes, incluso verlos distraídos o ausentes como ahora. Se notaba claramente que ya ninguno pensaba en la mujer con la que había pasado la noche anterior. Kyoko era consciente de que el viaje llegaba a su fin, el cansancio iba haciendo mella y, a la vez, despertándole nuevas emociones. Tan sólo le preocupaba que la brisa, ahora más fuerte, la despeinara. Se llevó las manos al pelo y al mirar hacia el coche vio a un grupo de cuatro o cinco hombres junto a él. Los miraban sonriendo.

Todos llevaban chaquetillas de trabajo manchadas de tierra, polainas y los típicos botines de obrero *jika-tabi*. Debían de ser trabajadores de alguna fábrica cercana. Alguno llevaba una cinta ceñida a la frente. Hasta hace un instante no se les oía, pero ahora sus carcajadas al ver a Kyoko darse la vuelta denotaban su

estado de embriaguez. Uno de ellos cogió una piedra blanca y la lanzó contra el techo del coche. Impactó estrepitosamente y se echaron a reír.

Shunkichi se levantó. Kyoko hizo lo mismo tratando de controlarlo.

Osamu empezó a despertar, poco a poco, de su ensoñación, o mejor dicho de la vaga realidad en la que vivía. Con todo, ya antes de tener que actuar rápidamente parecía resignado. Jamás se había peleado. En cualquier caso, le costaba creer que estuviese sucediendo realmente algo tan imprevisto.

Natsuo, aunque consciente de su debilidad, sin pensárselo dos veces se dispuso a proteger a Kyoko. El coche, comprado por su padre hacía un mes escaso, y que por su inseguridad al volante prefería que condujese Shunkichi, había sido rayado en un abrir y cerrar de ojos. A Natsuo se le vino a la cabeza la imagen del coche destrozado. Sin embargo, alguien como él, desde niño indiferente a las posesiones, contemplaba, casi ensimismado, el coche a punto de ser destrozado ante sus ojos.

Shunkichi ya se había colocado ante el coche y estaba rodeado por los cuatro hombres. «¿Qué estáis haciendo?», dijo en voz alta.

Osamu pensó, molesto: «Mira, encima protesta. No hay duda, se está quejando. Por qué lo hará, ni siquiera es su coche». Osamu, sin embargo, malinterpretaba las verdaderas intenciones de Shunkichi, que no tenían nada que ver con el deber de la justicia.

Los obreros con mala cara murmuraron algo entre sí. No había ápice de originalidad en ninguno de sus insultos. Shunkichi escuchó inmóvil. Distinguió algunas palabras groseras dirigidas hacia Kyoko. Que unos mozalbetes fueran paseándose por ahí a pleno mediodía por un sitio como ése tonteando con una mujer, al parecer, no les hizo gracia. El que había levantado la piedra, uno de los de más edad, debió de pensar, equivocada-

mente, que Shunkichi era el dueño del coche, y por eso lo llamó «señorito burgués»; a Shunkichi ese insulto, erróneamente dirigido contra él, lo envalentonó aún más. En ocasiones, este tipo de malentendidos son necesarios para pelear. La siguiente pedrada dio contra el cristal de la ventanilla. El cristal no se rompió, pero se resquebrajó formando una telaraña de rayaduras.

Shunkichi había sujetado por la muñeca al hombre que lanzaba la piedra y el impacto perdió la fuerza necesaria para romper en añicos el cristal. Al mismo tiempo, otro obrero intentó zancadillear con sus *jika-tabi* a Shunkichi, pero no logró darle de lleno. Shunkichi se dio la vuelta y le propinó un cabezazo. El tipo quedó tumbado bocarriba sobre el suelo.

Kyoko gritó al ver al mayor de los obreros a punto de arrojarle una piedra por la espalda a Shunkichi. Éste, que seguía inclinado tras haber pegado el cabezazo, esquivó al obrero fintando hacia un lado y provocando su caída. Shunkichi lo agarró de las solapas de su chaquetilla de trabajo *happi* y le pegó un puñetazo en la mandíbula.

El grito de Kyoko llamó la atención de los dos hombres que quedaban en pie. Ellos se fijaron en el tipo enclenque que la protegía y el joven con aire despistado y ropa llamativa tras la pareja. Una manaza sucia aferró a Kyoko por el hombro cogiéndola del vestido.

Shunkichi se acercó por el lado, e inmediatamente apartó la mano de encima a Kyoko. Sin embargo, el hombre que había agarrado a Kyoko por el hombro le dio un golpe en el pecho a Shunkichi. Éste salió despedido dos o tres pasos, pero no llegó a caerse. Se fijó en la camisa del tipo a la altura de la barriga y la hebilla chapada en oro desgastado de su cinturón. La camisa blanca se hinchaba a la altura de la prominente barriga, y el latón de la base de su cinturón saltaba a la vista. Era verdaderamente un cinturón vulgar. Una gran flor de peonía plateada resaltaba en la hebilla. Shunkichi se dio cuenta de que la hebilla

podría dañar fácilmente sus dedos. Sería imperdonable dañar sus valiosas manos con semejante ordinariéz.

El tipo no dejaba de proferir palabras soeces que no hacían más que confirmar a Shunkichi que la victoria era suya. Golpeó con sucesivos ganchos el estómago del contrario, sus golpes no encontraban oposición ninguna, disfrutaba al percibir cómo la amplia superficie de carne recibía sus puñetazos. El espacio que confrontaba estaba completamente lleno, no era nada más que carne humana. El hombre estaba tan lastimado que se acuclilló en el suelo.

El otro salió corriendo.

En ese momento, Natsuo se metió de un salto en el coche y lo puso en marcha. Kyoko, Osamu y Shunkichi se subieron; el coche se puso en marcha, enseguida cruzaban ya el puente de Reimei adentrándose en las aglomeradas calles de Tsukishima. Natsuo mismo se sorprendió de su inesperada habilidad al volante aquel día.

Shunkichi luchó durante un rato con el mal sabor de boca que queda tras las peleas y la sensación de que el cuerpo se empequeñeciese. Finalmente, él, que bajo ningún concepto reflexionaba más que lo indispensable, recobró su acostumbrado estoicismo.

Shunkichi se había prohibido el alcohol y el tabaco. No obstante, tanto las peleas como las mujeres eran ineludibles, no las elige uno sino que vienen a por ti sin remedio. Shunkichi no era el único estoico. El grupo de hombres que solía reunirse en la casa de Kyoko, aunque de profesiones y caracteres completamente diferentes, tenía algo en común: cada uno a su estilo vivía estoicamente. Osamu era así. Y Natsuo también. Qué decir de Yanagimoto Seiichiro, el más estoico de todos. Les daban vergüenza el sufrimiento y la impaciencia de la juventud actual. Ellos se habían acostumbrado a ocultar sus sentimientos, y vi-

vían un estoicismo extremo mordiéndose la lengua. Mostraban un rostro alegre. Se sentían obligados a aparentar que no creían en la existencia del sufrimiento en este mundo. Debían negarse a sí mismos.

El coche se dirigió hacia la casa de Kyoko en Shinanomachi, al este de Yotsuya.

En aquella casa se reunía a pasar el rato un grupo de hombres. El ambiente era tan liberal que podía confundirse con una casa de citas. Allí se permitían todo tipo de bromas y hablar de cualquier disparate. Además, se podía beber gratis sin necesidad de pagar nada. Había botellas de alcohol a disposición, no pertenecían a nadie, eran botellas dejadas por los visitantes tras su marcha. También había un televisor y se podía jugar al *mah-jong*. Venía uno cuando le apetecía y se marchaba cuando quería. Todo cuanto había en la casa era de todos y para todos; por ejemplo, si alguien venía en coche, todos los demás podían utilizarlo libremente sin problema.

Si el padre de Kyoko volviese un día como aparición fantasmal a esta casa, no hay duda de que se quedaría espantado al ojear la lista de nombres en el registro de invitados a la casa. Para Kyoko no existía el concepto de clases sociales, sólo juzgaba a las personas por su gracia, por su capacidad de seducción; a los visitantes de su casa los veía como si les hubiera despegado de la solapa la etiqueta de marca de la clase social correspondiente de manera que todos los invitados quedaban fuera del marco de cualquier clase social. Fuese cual fuese la procedencia de esa persona, nadie igualaba a Kyoko a la hora de no ser fiel a su cuna y romper los esquemas de las normas sociales de la época. Aunque no leyese la prensa, su casa se había terminado por convertir en un recipiente de todas las corrientes de su tiempo. En el corazón de Kyoko no brotaba ningún prejuicio discriminatorio, por más que aguardase a ver si aparecían con el paso del



tiempo. Pero ella lo interpretaba como una especie de enfermedad y desistía de considerarlo un problema. Igual que las personas que se han criado en el ambiente sano y límpido del campo son más proclives a los virus, ella había vivido expuesta sin defensas al ataque de todas las ideologías venenosas para las que la posguerra ha sido un buen caldo de cultivo, y aunque ya otras personas se hubiesen ido curando de la infección, ella seguía sin haberlo superado. Ella creía que lo habitual era que la anarquía durase indefinidamente. Cuando oía decir que la gente criticaba su inmoralidad, ella se reía de lo anticuado de esas calumnias, pero no se había dado cuenta de que en estos tiempos esas críticas maledicentes estarían en boca de personas que hoy presumirían de estar a la vanguardia.

Había heredado la flaqueza de su padre. Tenía un rostro de característica belleza oriental, y aunque a veces la finura de sus labios parecía expresar disgusto, en su parte interna se percibía una suave calidez que contrastaba con la imagen de frialdad expresada de puertas para afuera. Le quedaban bien los vestidos formales de estilo occidental, y con la llegada del verano se ponía vestidos ligeros dejando hombros y brazos al descubierto con estampados de llamativos diseños que le favorecían. No olvidaba vestir lo apropiado para cada estación del año, y sólo en cuanto a perfumes podía decirse que se saltaba lo establecido y probaba unos y otros.

Kyoko consentía al máximo la libertad de las demás personas, por eso amaba más que nadie el desorden, y pocas personas igualarían su estoicismo innato. Como un médico que sabe del propio poder de autoanálisis y que precisamente por eso rehúsa usarlo, conocedora de su propio encanto, había perdido el interés por saborear los frutos de su atractivo femenino. Le gustaba presumir, pero no pasaba de ahí. Cuando la tildaban sin razón de inmoral, secretamente se alegraba, y gozaba más cuando los escuchaba equivocarse de plano y en lugar de considerarla una

mujer con carácter propio pensaban que era una chica de alterne o bailarina. De todas esas cosas falsas, que no tenían que ver con la verdadera realidad, ella se enorgullecía. Podía pasarse el día entero hablando de temas sensuales al tiempo que se reía de sus propios sentimientos. La mayoría de los jóvenes invitados a la casa solían quedar fascinados por Kyoko, pero al final acababan por desistir y se quedaban con la primera chica resultona que encontraban. Contemplar este desarrollo habitual de las cosas era motivo de regocijo para Kyoko, que saboreaba en ello una especie de intensa felicidad.

Esta caprichosa heredera no amaba a los pájaros, tampoco a los perros ni los gatos; a cambio, había desarrollado un interés constante por las personas; sin embargo, tenía un marido amante de los perros. Los perros fueron el primer motivo de las peleas matrimoniales y, finalmente, la causa del divorcio; su hija Masako se quedó con ella, Kyoko echó de casa al marido y, con él, a los siete perros de raza, varios pastores alemanes y un gran danés, y la casa se liberó del olor canino que la inundaba hasta entonces.

Kyoko tenía una convicción clara; la experimentaba cuando se cruzaba por la calle a un matrimonio o pareja. El hombre, sin excepción, le daba un buen repaso. En esos momentos, Kyoko percibía de un modo tan claro, que casi le dolía, que ellos, aunque se reprimieran, en realidad la deseaban más a ella que a sus propias parejas. A Kyoko le gustaba la mirada de todos aquellos hombres tratando de reprimir sus sentimientos verdaderos. Su marido, en cambio, no la miraba de esa manera; aunque él también sintiese atracción por ella, su mirada era más contenida, tal vez de ahí su gran amor por los perros. ¡Pero sólo pensar en dichas conexiones mentales era para echarse a temblar! ¡Daba espanto tan sólo imaginarlo!

La casa de Kyoko fue construida sobre una ladera alta; nada más cruzar el portón de entrada, se divisaba el amplio panora-

ma del jardín. Bajo la ladera se veía el trasiego de los trenes pasando por la estación de Shinanomachi, y en la lejanía, el bosque alto de Meiji Kinenkan y los bosques del Palacio Imperial se superponían recortando su perfil arbolado en el horizonte. Aunque era época de floración, había pocos cerezos. En el bosque de intensos tonos verdes oscuros de Meiji Kinenkan sólo un gran cerezo había florecido espléndidamente. Al lado también sobresalían algunos árboles oscuros elevándose a lo alto, su ramaje denso y complicado se desplegaba como un abanico dejando traslucir la caída del sol entre sus intersticios.

Sobre el cielo del bosque a veces sobrevolaban bandadas de cuervos esparciendo un reguero de semillas negras de *goma* por el horizonte. Kyoko, desde niña, creció observando aquellas bandadas de cuervos volando en la lejanía. Cuervos en los jardines del templo sintoísta de Jingu Gaien en el Meiji Kinenkan, en el Palacio Imperial... Aquí abundaban los nidos de cuervos. También se dejaban ver en la terraza del salón. En un punto lejano aparecía una bandada de cuervos; de repente la bandada se disgregaba en pequeñas motas negras por el cielo, y aquel panorama dejaba un difuso y vago sentimiento de melancolía en el corazón de la pequeña Kyoko. En ocasiones, pasaba mucho tiempo observándolos. Cuando tenía la impresión de que ya se habían ido, volvían a aparecer. De repente, allí estaban graznando en los bosques bajo la casa, y la agudeza de sus graznidos resonaba por el cielo... A estas alturas, Kyoko ya se había olvidado de aquello; sin embargo, Masako, la hija de ocho años, que a menudo se quedaba sola, también observaba los cuervos asiduamente desde la terraza.

Como se dijo antes, frente a la entrada principal se extendía un jardín de estilo europeo en armonía con el paisaje. A la izquierda quedaba la mansión de estilo occidental, y siguiendo más a la izquierda, una pequeña casa de estilo japonés en la que vivió la familia durante el periodo en que fue requisada la man-

sión principal. Como el camino ante la puerta frontal era muy estrecho y los coches no podían detenerse allí, solían aparcar en el recinto interior ante la mansión.

Natsuo, nada más cruzar el umbral del portón de entrada, se quedó impresionado por el bello crepúsculo poniéndose en el horizonte más allá de las arboledas en los parques de allá abajo; una vez que todos se bajaron ante la entrada, él se volvió para contemplar aquel atardecer.

Como todos sabían del carácter reservado pero agradable de Natsuo, la mayoría de las veces se libraba de intromisiones ajenas. Si se tratase de otra persona, sería necesario decir algo y excusarse de algún modo al no franquear la entrada de la casa y volverse al portón de entrada. De no hacerlo, no habría podido evitar un «oye, ¿pero adónde vas?», aunque no había nadie que pensase dirigirse en tales términos a Natsuo.

Era sorprendente que Natsuo no sintiese siquiera la leve desazón que se supondría en cualquier persona de gran sensibilidad. Entre su mundo interior y el mundo exterior, ya fuera con otras personas o la sociedad en general, jamás había experimentado ningún choque. Su sensibilidad era como la técnica habilidosa de un ladrón de guante blanco o prestidigitador capaz de captar la única imagen del mundo exterior que le interesaba sin que los demás se apercibiesen. Ni una sola vez había sufrido a causa de su riqueza de sentimientos, experimentaba en todo momento una escasez y vacío de luminosa lucidez.

Se hacía querer por su tranquilidad y carácter maduro y bondadoso. ¿Sería ésa tal vez la causa de su delicadeza y receptividad? ¿O sería más bien que para proteger su innata sensibilidad, que le hacía especialmente vulnerable, se había configurado ese carácter? Incluso a él le costaría responder a esta cuestión. Aunque no pretendía encontrar el equilibrio, lograba mantenerlo en sí mismo, y como no buscaba un significado especial en el mundo exterior, la naturaleza en su entorno transmitía sere-

namente belleza. Desde que se graduó en bellas artes, aunque llevaba dos años siendo galardonado por sus cuadros, este joven pintor japonés, bondadoso y despreocupado, jamás se molestaba en plantearse si era un genio o no.

Captaba visualmente una escena y la recreaba recortándola del mundo externo. Siempre miraba el mundo exterior inconscientemente.

Las nubes, como borrones de tinta china de oscuro rojizo, se alargaban al caer el sol, destellando en reflejos verdosos sobre la parte alta de los bosques. Los cuervos sobrevolaban lentamente. El intenso azul oscuro del cielo preludiaba la amenazadora oscuridad en ciernes.

«Ya me olvidé por completo de la pelea. No fue más que un espectáculo, una mera distracción», pensó Natsuo.

Lo cierto es que fue un espectáculo peligroso, pero, al fin y al cabo, no dejaba de ser un espectáculo sin más. El incidente, más que a sí mismo, concernía a su coche. Natsuo lo percibía como algo ajeno. Lo característico de su vida era la ausencia de percances.

Precisamente hace un mes todo el mundo hablaba del suceso de las radiaciones atómicas del atolón Bikini. Unos pescadores japoneses, faenando cerca del atolón de las islas Bikini, fueron víctimas de una lluvia radiactiva provocada por un experimento con una bomba de hidrógeno. Los pescadores se vieron expuestos a la radiación. Toda la población de Tokio temía comer atún por la posible contaminación radioactiva. El precio del atún se desplomó en los mercados. En todo caso, para Natsuo, aunque él tampoco comió atún, no fue más que un accidente de repercusión social extraordinaria. Pero no se podría decir que le hubiese afectado personalmente. Como persona compasiva, por supuesto, lamentaba lo sucedido a las víctimas y simpatizaba con ellas, pero eso no significaba que el suceso le hubiese provocado una fuerte impresión que afectase a su propia vida.